

Arthet quedó solo en aquella miserable habitación, teniendo de la mano á Santiaguito, blanco como un mantel, con los labios pálidos y llorando. Cuando se inclinó para enjugar los ojos del niño y abrazarle, se contuvo, admirado de la expresión extraña, casi espantosa de aquel rostro infantil, contracturado por el dolor.

Toda la fisonomía del niño había tomado una expresión de fijeza cadavérica, marmórea, y representaba el más profundo terror, mezclado con una especie de cólera fría y resuelta. No se movía un solo músculo en aquel semblante. Las pupilas tenían el brillo de la fiebre y la inmovilidad de la muerte. Se hubiera dicho que el niño había caído de repente en un estado especial de catalepsia.

Arthet tocó su frente, que estaba helada. Le cogió la muñeca, en que las venas corrían como delgados hilos bajo la blanca piel, y le tomó el pulso, que latía débilmente y con largos y desiguales intervalos.

—¡Santiaguito! ¡Santiaguito!—dijo.

Santiaguito no respondió. Continuaba en la especie de crisis cataléptica que le había producido el susto.

—¡Pobre niño!—exclamó el doctor.—¡Pobre naturaleza nerviosa y delicada! ¡Débil cuerpo des-

tinado á vibrar á todos los choques! ¡No comprendes aún, y ya adivinas!

Y el niño continuaba lívido, con los ojos fijos y la mirada perdida en las sombras, como si estuviera viendo á quien separaban de su lado, á quien arrancaban de sus brazos.

## VII.

Noel Rambert fué conducido de nuevo á la cárcel.

Al volver á entrar en su celda sintió una especie de consuelo. Se creía menos desgraciado estando solo. Los curiosos insultantes le torturaban. La soledad se convierte durante los primeros días en una especie de semilibertad para los acusados. Luego, este aislamiento, esta supresión rápida de un hombre al que se arroja en un rincón, este secreto tristemente elocuente, se convierte en un suplicio profundo, agudo, lancinante como una quemadura.

Noel, á quien la fiebre consumía, debió á este estado de malestar creciente el soportar con más calma sus primeros días de cautiverio.

Las sospechas de los demás le humillaban; la

enfermedad, una especie de languidez profunda con pérdida de fuerzas, le debilitaba. Estaba en ese estado de postración y de disgusto, tan frecuente en los temperamentos nerviosos.

Se decía con frecuencia:

—Pueden acusarme, pueden decir lo que quieran; yo soy un hombre honrado, y esto es lo principal.... Si no tuviera que alimentar y educar á mi Santiaguito, ni siquiera me defendería..... ¿Qué bienes puedo yo esperar en este mundo? ¡Ah! ¡Si Marta no me hubiera hecho traición!.... ¡Oh Marta!

Y en la pronunciación de aquel hombre se cerraba todo un mundo de dolor.

Sin embargo, según pasaban los días, se iba apoderando de él una especie de terror instintivo al considerar la situación en que se había colocado. De cualquier modo que quisiera explicar lo ocurrido la noche del 1.º de Enero y la aparición de los Campos Elíseos, se le venía encima la acusación más terrible y más cierta cada vez. Su exculpación, lo que el juez llamaba «su sistema de defensa», era en efecto terriblemente fantástica, increíble, casi absurda. Noel acababa por preguntarse á sí mismo si era verdad que había visto á aquella mujer en los Campos Elíseos y si le había dicho de veras lo que él había entendido.

El estado de decaimiento en que se sentía quitaba á Rambert ese deseo de lucha que hace que en las horas decisivas se encuentre el acento convencido, el grito arrebatador, el fulgor irresistible de la verdad.

Después de haber tratado de insensata la acusación, parecía que ya la toleraba, que la aceptaba. Solía alzar las espaldas diciendo:—Nada tengo que responder á eso—ó callaba.

Parece que un inocente, al encontrarse ante sus jueces, debe hacer pasar la convicción de su inocencia al auditorio y al mismo tribunal que se alza ante él por una palabra, por un gesto, por una de esas repentinas inspiraciones que sólo encuentra el genio ó la verdad calumniada. Parece que la honradez acusada debe desprender de sí misma una especie de electricidad convincente. Por desgracia, la prisión, el azoramiento de la probidad inculpada y frente á frente de la sospecha, debilita y anonada al hombre que pasa por la terrible prueba de la detención preventiva, la instrucción judicial y la acusación. El desgraciado pierde la energía de su defensa y hasta el convencimiento de ser inocente; se resigna y tiende su cuello al verdugo con la misma facilidad con que el buey tiende el suyo para que le unzan. ¡A cuántos infelices se ha visto exclamar:

—¡Yo soy el culpable! ¡Que me condenen! ¡Que me maten!—por no permanecer más en ese suplicio terrible, infernalmente combinado, que se llama la incomunicación.

Sólo los culpables, preciso es declararlo, pueden encontrar en su mismo crimen la energía y la paciencia necesarias para resistir esta forma de prisión. En su duelo emprendido con la ley, la prisión celular es para ellos como la velada de las armas. En sus sombras preparan y estudian sus estocadas y disponen sus baterías. Les queda la esperanza de engañar ó enternecer al jurado, de obtener con sus manejos un veredicto absolutorio. Todo esto da fuerzas, sobreexcita y es una ayuda para la resistencia. El inocente, por el contrario, aniquilado por lo imprevisto de la acusación, se abate y deja dolorosamente marchar las cosas sin oponer gran resistencia.

Así le ocurría á Rambert. Su enfermedad iba en aumento; aquel estado de anemia, ó más bien de tisis rápida, se acentuaba, y él se abandonaba, por decirlo así, á la corriente de las fatalidades que le impelían, comparándose, cuando pensaba en ello, á un pedazo de corcho arrastrado por un río en día de tormenta. Rambert trató de dedicarse á la lectura, buscando en ella acentos de energía;

pero los libros que toleran en las cárceles son esas obras faltas de virilidad y de acento, libros eunucos, que ni agradan ni enseñan.

Noel prefirió á ellos su propio pensamiento, por más que estuviese debilitado por los disgustos y las lágrimas. No estaba, sin embargo, muy inquieto por la suerte de Santiaguito; sabía que Arthet le cuidaría con cariño paternal, y se consolaba del dolor de no verle, diciéndose que aquellas emociones hacían daño á aquel pequeño ser, á aquella naturaleza de sensitiva. En Marta Hardy era en quien más pensaba, en el profundo amor que la había tenido y en el derrumbamiento de todas sus esperanzas. Sí, de la traición de aquella mujer daban todas sus desgracias. «¡Qué bestias son las mujeres!—se decía.—¡Podíamos ser tan felices! ¡La amaba tanto!»

Y se admiraba él mismo de pensar aún en aquello, sin reflexionar que toda su existencia pasa rápida ante los ojos del naufrago que se ahoga.

No pensemos en eso—se decía el pobre Rambert. Y una lágrima quemante invadía sus ojos en tanto que la tos silbaba en su pecho.

—Esto me matará—murmuraba.—Al menos, que sea pronto.

La instrucción del proceso marchaba con rapidez. Noel no había elegido abogado. Se le nombraría de oficio. ¿Qué le importaba que le defendiesen ó no? Su mejor defensa era su vida de obrero honrado y trabajador. Bastaba con preguntar á sus amigos por su conducta. El pobre se fiaba del renombre que cada uno tiene en el círculo de sus conocimientos. Pero muchas de aquellas gentes, al ver á Noel acusado, no se atrevían á hablar; otros decían: «después de todo, yo le conocía bien poco.»

El portero declaró que la noche del día de año nuevo, cuando Rambert salió solo de su casa para no volver á ella, tenía el aspecto de *un hombre que va á dar un mal paso*.

Sólo sus compañeros de taller declararon en favor de Noel. Hubiesen puesto las manos en el fuego sosteniendo que era inocente.

Uno de los días que le llevaron ante el juez de instrucción, y en que estaba por cierto muy débil, porque había tosido durante toda la noche y apenas podía tenerse en pie, observó que al lado de Mr. Dubois estaba sentado un hombre, un juez de instrucción suplente sin duda.

Aquel hombre estaba, sin embargo, vestido como un elegante de club ó de carreras de caballos

más bien que como un magistrado. Abotonaba elegantemente sobre su pecho una especie de americana, sobre cuyo cuello volvían los dos extremos de una corbata azul negligente y artísticamente colocados. Su pantalón de color claro se ajustaba al cuello del pie y al tobillo, y dos espuelas pequeñas y brillantes hacían resaltar el lustre de sus botas. Tendría de treinta y ocho á cuarenta años. Sus negros cabellos, perfectamente peinados, estaban divididos por una raya central y su fino bigote se retorció caballerescamente sobre su rostro, recién afeitado, de rasgos enérgicos y ángulos casi duros.

En la mano izquierda mantenía entre el índice y el medio su cigarro apagado, y fustigaba de cuando en cuando el pavimento con la extremidad de un pequeño látigo que tenía en la derecha. Se balanceaba imprimiendo á la silla un movimiento de hamaca, y miraba á Noel á través de los cristales de sus lentes.

Rambert, que no era curioso, se sentía sin embargo intrigado por la presencia de aquel desconocido.

Éste, á su vez, parecía deseoso de ver de cerca al acusado, y Noel hubiera podido observar que el cigarro y el látigo se movían febrilmente entre los dedos del nuevo personaje.

Mr. Dubois se inclinó hacia su amigo y le dijo sonriendo:

—Va usted á verlo; ya se lo he prevenido. No puede fingirse mejor que lo hace este hombre el disgusto y la renuncia de defensa, y sólo con el objeto de dejar á la justicia en mal lugar y suponerla falta de pruebas.

Y volviéndose hacia Noel que, amarillo, terriblemente demacrado y con los ojos hundidos, se había sentado ante él en la actitud encorvada que la enfermedad le imponía,

—Rambert—le dijo—insisto una vez más sobre su interrogatorio de usted. ¿Persiste usted en decir que es inocente, que es víctima de uno de esos errores judiciales, que son más raros de lo que quieren hacer creer los detractores de la justicia?

—Persisto en sostener—contestó Rambert—que yo no maté á aquel joven. Ya lo creo que persisto.

—Y su sistema de defensa de usted ¿continúa siendo el mismo?

—Yo no tengo sistema; yo digo la verdad y nada más.

—¿Luego aquella mujer encubierta de los Campos Elíseos?....

—Me dijo que fuese á Beaujon y que esperase. Sí.

—¿Luego aquel hombre á quien vió usted coger el cuchillo de encima de la mesa y herir?....

—Aquel es el asesino. Lo repito.

—¿Y no sabe usted su nombre, ni su posición, ni su rango?

—¿Cómo quiere usted que sepa ninguna de esas cosas sin conocerle?

—¿Le reconocería usted si le viese?

—Sí—dijo Rambert;—de seguro.

El desconocido movió con mayor rapidez el látigo.

Rambert, que hasta entonces había hablado lentamente y en voz baja, pronunció sus últimas palabras como un grito, más bien como una amenaza, y fué acometido de un fuerte acceso de tos.

Mr. Dubois se arreglaba tranquilamente las uñas, esperando que pasase el golpe de tos de Rambert.

—Estrechadle acerca de este punto capital—dijo en voz baja al juez el hombre del látigo.—Creo que insistiendo en esta pregunta se delatará á sí mismo.

—¡Qué error!—exclamó Mr. Dubois.

Y guardó su lima, y mirando con satisfacción las regordetas falanges de sus dedos,

—Veamos, es preciso ser lógico, Rambert. A mí me emocionó su primer relato; en vista de él

practiqué mis averiguaciones, y efectivamente resultó que una mujer había ido en coche á los Campos Elíseos en la noche del 1.º de Enero. Por muy inadmisibile que fuera su versión de usted, era preciso comprobarla, y debo confesar que por un momento creimos que había usted dicho la verdad. En efecto, un cochero creía recordar haber llevado hacia los Campos Elíseos á una señora, á la que en seguida había vuelto á llevar al boulevard. Pero su testimonio no puede tener valor alguno, pues es lo probable que aquel hombre estuviese borracho en dicho día, porque rompió el coche, chocó con otros carruajes é hizo varias averías. La intervención de la dama encubierta no impediría, por otra parte, que usted fuese detenido *in fraganti delicto*, es decir, en el momento en que intentaba usted huir de la casa, á donde acudía ya la policía.

—Ya os he dicho cómo entré allí.

—¿Pero cómo queréis que creamos en la existencia de esos dos seres problemáticos, la mujer de los Campos Elíseos y el hombre de Beaujon?

El vecino de Mr. Dubois, que no había hablado hasta entonces en voz alta, pronunció con ironía estas palabras:

—Eso es improbable.

Rambert le miró un momento, bajó la cabeza y dijo sencillamente:

—Lo sé.

—Ha dicho usted—continuó el juez—que reconocería al hombre á quien pretende usted que vió cometer el crimen. Y bien. ¿En qué le reconocería usted? Usted nos le describe con barba negra cerrada y aspecto feroz. ¿Es en esos rasgos en los que le reconocería usted?

—No—dijo Rambert;—es en su voz.

—¿En su voz?

—Sí; me parece que aun la tengo en los oídos. Una voz estridente, irritada. Cuando amenazaba á la víctima, parecían sus palabras el silbido de un látigo cruzando el aire.

Noel había pronunciado sin pensar la palabra *látigo*, y sin embargo había impresionado al vecino de Mr. Dubois, que se inclinó ligeramente hacia el juez y le dijo sonriendo:

—¿Me permite usted que hable al acusado? Una simple pregunta..... Pero tal vez sea indiscreto.....

—¿Por qué? No hay en ello ninguna indiscreción.

Y Mr. Dubois ordenó con una señal al escribano que no continuase escribiendo.

—Yo no soy juez, soy un simple oyente—dijo

el desconocido dirigiéndose á Rambert — y por lo tanto, no querría en modo alguno colaborar en el acta de acusación. ¿Pero cómo quiere usted que se le defienda ó que se le salve con la sola arma defensiva del sonido de la voz de un hombre furioso, es decir, el sonido de voz transformado por la cólera, y que probablemente no podría usted reconocer?

Aquel hombre hizo esta pregunta con una lentitud fría, una voz mordaz, irónica y altanera y á la vez desdeñosa y con tono de consejo. Rambert escuchaba, y se preguntaba maquinalmente por qué aquel hombre le dirigía tal pregunta, encontrando en sus palabras no sabía qué vago eco de una cosa oída otras veces. Cuando el desconocido acabó de hablar,

—Es verdad—dijo como un hombre á quien se recuerda bruscamente el pasado—es verdad. No es esto bastante para defenderse. Y bien, ¿qué quiere usted? Me condenarán. No por eso seré menos inocente.

Y tosió de nuevo; asomó á sus labios un líquido rojizo; sus mejillas enrojecieron, y dijo moviendo la cabeza:

—¡Esto me condena con más seguridad aún!

Luego quedó inmóvil, con los ojos fijos en el

pavimento, mirando maquinalmente las ranuras de las tablas.

El juez de instrucción mandó que le condujeran de nuevo á su celda.

—¡Y bien! querido Mortal—dijo Mr. Dubois cuando estuvo solo con el hombre del látigo. "¿Ha visto usted á ese asesino? ¿Por qué diablos le interesa á usted? ¡Es, sin embargo, bien vulgar!

La curiosidad no admite vulgaridades—dijo Daniel Mortal.—Pregunte usted á un entomologista por qué se pasa días enteros contemplando á un pulgón. Á mí me atrae la contemplación de los criminales. ¿Me permitirá usted que estudie á éste hasta el fin?

—Con mucho gusto. Está á su disposición y puede usted estudiarle cuanto quiera.

—¿Me permite usted encender el cigarro?

—¿Pues qué, se marcha usted ya?

—Sí. ¿Quiere usted dar un paseo por el bosque?

—Gracias. Voy á corregir pruebas de imprenta. Hago por mí mismo las correcciones.

—¿Algún nuevo libro?

—Sí; de versos como siempre. Es mi pecadillo. Cuentos festivos..... al estilo de los del Conde de Chevigné..... ¡Harán reir mucho!

—Falta hace reirse, querido—dijo Mr. Mortal;—

pero tenga usted presente que sólo hay una cosa de verdad en el mundo: la ironía. ¡Viva la ironía!

Y se puso el gabán que había dejado sobre una butaca.

—¿Conque volveré á ver á mi asesino? — preguntó.

—Cuando usted quiera. En su opinión de usted, es indudablemente culpable. ¿No es cierto?

—¿Quién sabe? — contestó Mortal.

Estrechó la mano á Mr. Dubois, y se alejó pensando en las palabras que acababa de pronunciar. ¡Viva la ironía! No podía menos de dejar asomar á sus labios un gesto de astucia al pensar en aquel Rambert á quien se acusaba de la muerte de Laverdac.

—¡Pobre diablo! — pensaba; y añadía arrojando una bocanada de humo. — ¡Cuántos hombres es preciso triturar para que sirvan de guijarros que den firmeza á la senda seguida! ¡Qué importa uno más ó menos! ¿Y qué sería de uno si se fuera á ocupar de los débiles y de los tontos? Vámonos al bosque.

## VIII.

## Clara Mortal.

Daniel Mortal vencía una vez más. Su audacia había salido siempre triunfante en las terribles batallas de su vida.

La noche del 1.º de Enero, Daniel volvió á su casa después de asesinar á Paul Laverdac. Subió á su despacho, y sentado ante la chimenea, leyó la carta arrancada al cadáver del hijo y escrita por él al padre diez años antes.

Con insolente confianza en sí mismo volvía á leer aquellas líneas, que tiempos atrás había escrito con fiebre, con verdadero terror.

*Caballero — decía la carta, — he jugado, he perdido, y estoy dispuesto á pagar. Sólo pido á usted algunos días de crédito, y en tanto tendrá usted en esta carta el reconocimiento de una deuda sagrada, de una deuda de honor.....*

—¡Imbécil! — pensaba Mortal. — Estas cosas no deben escribirse nunca.

—Pero es verdad — añadía — que se escriben cuando parece que el suelo se hunde bajo los pasos